

El monarca inglés hizo ofrecer á los habitantes las condiciones más ventajosas, «pero los de Caén las rechazaron todos á una y con gran valor diciendo que no obedecerían al rey de Inglaterra.» Una fuerza de quinientos á seiscientos hombres defendía la ciudad propiamente dicha; el resto tenía á su cargo la defensa del castillo; mas los habitantes estaban resueltos á combatir y las mujeres llevaban vino á los hombres «para que fuesen más fuertes.» La resistencia duró desde la mañana hasta las vísperas, «mientras el pueblo pudo;» los arqueros ingleses disparaban sus flechas «tan espesas como granizo,» y á la caída de la tarde la ciudad fué tomada, siendo hechos prisioneros el condestable Roberto de Brienne y el conde de Tancarville y perdiendo más de cien caballeros su vida ó su libertad. En cuanto á los ciudadanos, perecieron á millares y sus cadáveres yacían en las calles, en las casas y en los jardines. El saqueo fué terrible; los ingleses encontraron en la población cuarenta mil piezas de paño é innumerables objetos preciosos que fueron enviados á Inglaterra con gran contentamiento de las damas inglesas. Al mismo tiempo la escuadra llegaba á la desembocadura del Orne después de haber registrado todos los puertos y apresado ó incendiado cerca de cien buques.

El rey de Inglaterra, sin detenerse en tomar el castillo de Caén, prosiguió su marcha hacia el corazón del reino, y habiéndosele presentado dos cardenales en nombre del papa á proponerle la paz, recibiólos con gran prisa y continuó su camino. Encontrándose aislado al Sur del Sena, quiso atravesar el río, pues una vez en la orilla derecha, podría aproximarse á Flandes y recibir recursos ó escaparse. El 31 de julio salió de Caén y el 7 de agosto llegaba á Elbeuf, desde donde siguió durante cinco días la orilla del río en busca de un puente que no estuviera destruído. Llegado á Poissi, no se atreve á acercarse más á París y se decide á reparar el puente arruinado, lo que no pudo impedir un pequeño cuerpo de ejército de mil hombres de armas y dos mil infantes que de las municipalidades del Norte habían acudido allí á fin de guardar el paso. El 16 de agosto los ingleses pasaban el Sena y llegaban al Norte después de haber realizado marchas forzadas de catorce y quince millas (1).

¿Qué era, en el entretanto, del rey de Francia? Lo que éste hizo en aquella ocasión, difícilmente se comprende. Aunque se había enviado á Guiena un ejército para que tomara parte en el sitio de Aiguillon, el monarca no se encontraba sin recursos, puesto que cada día le llegaban hombres de armas. Sin embargo, mientras Eduardo III, en la orilla izquierda del Sena, parecía amenazar á la vez á Ruán y París, el rey de Francia se agitaba inútilmente en la orilla derecha, marchando primero sobre Ruán con la gente de que á la sazón disponía y regresando luego á París bruscamente. Allí siéntese «doliente y angustioso,» temiendo, al parecer, la defección de algunos grandes señores y la traición de ciertos ciudadanos; ello no obstante, se decide á pedir á su adversario día de batalla, y el rey de Inglaterra le contesta vagamente que piensa pasar por el Sur de París, por el camino de Montfort l'Amauri. Felipe VI va á esperarle

(1) Respecto de esta marcha, véase el itinerario trazado por M. Thompson en su edición de la *Chronique* de Le Baker de Swynebroke, pág. 256.

cándidamente en aquel sitio, y entonces Eduardo III pasa el río por Poissi, lo cual hizo que el monarca francés se quejara lleno de cólera por haber sido engañado: «el pueblo también murmuraba y decía que esta manera de ir y venir era una traición, y muchos lloraban y no sin causa.»

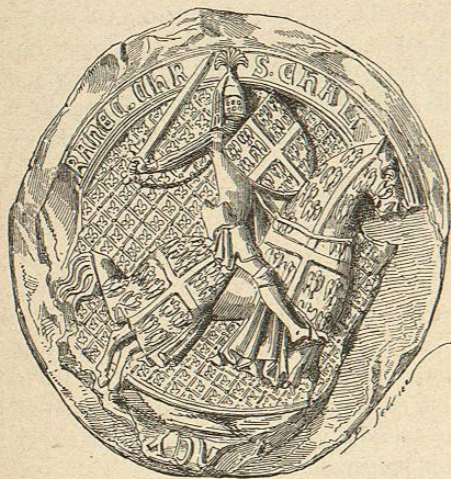
Eduardo III quería llegar rápidamente á Picardía y al Artois á fin de unirse y confortar á los flamencos que habían hecho una mala campaña al otro lado del Escalda y regresado á su país muy desmoralizados. El ejército inglés anduvo en cuatro días, del miércoles 16 de agosto al sábado 19, cincuenta y cuatro millas hasta Sommereux, procurando no pasar por Beauvais. La marcha no era tan cómoda como en Normandía, pues á menudo había que combatir contra las municipalidades del país que estaban reunidas y bien armadas. A partir de Poix, Eduardo III avanzó más despacio; se acercaba al Somma, cuyos pasos estaban perfectamente guardados, y en Airaines se detuvo para dar descanso á su ejército.

Su situación era crítica. Felipe VI, con un ejército numeroso que al fin se había concentrado en Saint-Denis, había partido á marchas forzadas en dirección á Amiéns, con intento de acorralar á Eduardo en el ángulo entre el Somma y el mar. Llegó á Amiéns cuando los ingleses se instalaban en Airaines, y el 22 de agosto creyó sorprenderles; pero «por cartas de los traidores que había en la corte del rey,» aquéllos fueron oportunamente avisados y levantaron el campamento dejando la comida preparada.

El ejército inglés huía á través del Vimeu, en dirección de Saint-Valeri del Somma, y Eduardo se consideraba perdido si no pasaba el río. Había en el estuario del Somma, en Blanchetache, más abajo de Abbeville, un vado que podía pasarse durante la bajamar, «de casquiijo de marga blanca, fuerte y dura, por encima de la cual pueden rodar con seguridad los carros.» Un criado, llamado Gobin Agache, prisionero de los ingleses, ganoso de recobrar la libertad, reveló la existencia de aquel vado y se ofreció á guiar por él al ejército. El 23 de agosto, á media noche, el rey de Inglaterra hizo tocar la trompeta y al despuntar el día el ejército salía de Acheux; cuando llegó al borde del estuario, la marea estaba todavía alta, por lo que fué preciso esperar. Grande era la inquietud de los ingleses, á quienes varios batiadores franceses venían siguiendo desde que salieran de Airaines. En la otra orilla había algunos soldados y habitantes de las municipalidades encargados de la defensa del vado; pero eran pocos, y si bien se batieron en la bajamar, al través del vado y en la playa, los arqueros ingleses «dispararon contra ellos con vigor y acuerdo maravillosos.» Los franceses perdieron dos mil hombres y se retiraron: el ejército inglés había pasado el Somma; de suerte que si en lo sucesivo había de librar alguna batalla, podía escoger el sitio y el momento que le parecieran oportunos. En la noche del 24 de agosto, Eduardo III plantó sus tiendas en el bosque de Creci. El rey de Francia había llegado al estuario después de haberlo pasado los ingleses y cuando la marea empezaba á subir; así es que nada pudo hacer y regresó á Abbeville para celebrar la fiesta de San Luis.

El viernes, 25 de agosto, Eduardo III buscó una posición fuerte en donde pudiera atrincherarse y esperar, y

habiéndola encontrado entre Creci y Wadicourt, encima del valle de los Clercs, estableció allí un campamento atrincherado, protegido por carros, empalizadas y árboles cortados y por zanjas que se abrieron en la parte delantera. El rey dió de cenar á sus principales barones, y luego entró en su oratorio para dedicarse á sus rezos. En la mañana del sábado, Eduardo III, su hijo y los señores oyeron misa y muchos comulgaron. Dividióse el ejército en tres «batallas,» de las cuales la primera estaba mandada por el príncipe de Gales, y el rey de Inglaterra, montado en un palafren blanco y llevando en la mano un bastón del mismo color, recorrió todas las filas, hablando con todos y sonriéndoles, pero



Sello de Carlos de Montmorency

prohibiéndoles que se movieran por ningún motivo. Pasada la revista, todos comieron tranquilamente y bebieron un trago «á satisfacción,» y los arqueros sentáronse «en el suelo, dejando delante de ellos su capacete y su arco, y poniéndose á descansar á fin de estar más frescos cuando llegara el enemigo.»

También Felipe VI reunía en Abbeville á sus barones en la noche del viernes; junto á él estaban el rey de Bohemia y su hijo el rey de los romanos, los condes de Alenzón, de Blois y de Flandes, el duque de Lorena y muchos prelados. La velada transcurrió «con gran recreo y gran parlamento de armas,» y el rey «rogó á todos los señores que fueran amigos y corteses, sin envidia, sin orgullo y sin odio los unos á los otros.» El sábado púsose el ejército en movimiento, pero mucho después de la salida del sol; el camino de Abbeville á Creci era largo, y además acaso algunos falsos informes fueron causa de que se diera un rodeo inútil hacia Noyelles. Cuando los franceses estuvieron á corta distancia de los ingleses el día estaba muy avanzado y el tiempo se presentaba tempestuoso; por otra parte, los caballos, los jinetes y los ballesteros genoveses estaban rendidos de fatiga, de hambre y de sed. Algunos señores á quienes se encomendó el servicio de exploración dieron informes alarmantes acerca de las posiciones de los ingleses; el rey y algunos más eran de parecer de que la batalla debía ser aplazada; pero los señores de las primeras filas quisieron combatir á pesar de todo y avanzaron desordenadamente, y el mismo Felipe VI perdió su sangre fría en cuanto vió á los ingleses: «se le revolvió la sangre, pues hartó los odiaba.»

En su consecuencia, dióse orden á los ballesteros genoveses de que comenzaran el combate, é inmediatamente estalló una tempestad tan horrorosa «que parecía que el mundo se acababa,» y una «grande y espesa» bandada de cuervos pasó por entre ambos ejércitos como siniestro presagio. Cuando hubo cesado la tormenta, el sol deslumbró á los franceses y la lluvia había aflojado las cuerdas de las ballestas. Algunos cañones traídos por Eduardo hacían gran estrépito y mucho humo (1), y los arqueros ingleses disparaban certeramente sobre la masa compacta del enemigo. Bajo aquella granizada de dardos, tan espesos «que parecían nieve,» los genoveses «saltaban, volvían los c... á causa de las flechas que sentían,» querían huir y rompían sus ballestas. Entonces los señores se incomodan contra aquella gente de á pie, contra aquella «canalla,» les acosan y les pegan, y los caballos se encabritan ó caen en los fosos preparados por el enemigo. En el campo inglés, los hombres de armas de la primera batalla se aprovechan del desorden para atacar, los arqueros disparan á su sabor, y los soldados armados de estoques se introducen en las filas enemigas y hieren á los caballeros franceses. La refriega es tan confusa, que Juan el Hermoso y Froissart se confiesan impotentes para describir el fin de la jornada.

El combate prosiguió hasta mucho después de ponerse el sol: la caballería francesa, después de quince asaltos para romper las filas enemigas, cedió, huyendo cada jinete «adonde pudo.» Las pérdidas de los vencedores fueron insignificantes; de los franceses, mil doscientos á mil quinientos caballeros, «sin contar la plebe ni la gente de á pie,» y en junto unos tres mil ochocientos combatientes quedaron sobre el campo de batalla, figurando entre los muertos muchos príncipes y caballeros de gran nombradía: el duque de Lorena, el conde de Alenzón, hermano del rey, el conde de Flandes y el rey de Bohemia. Froissart refiere que Juan y sus caballeros, para no separarse, habían atado sus caballos por los frenos. El rey ciego había pegado de firme, así á los suyos como á sus enemigos, y al día siguiente él y sus compañeros fueron hallados unos encima de otros.

El rey de Francia, á quien habían matado dos caballos que montara sucesivamente, recibió, según dicen, una herida de flecha en la cara. La oriflama fué hecha pedazos. Ya de noche, Felipe quiso arrojarle en medio de sus enemigos, pero dos señores que estaban á su lado le detuvieron; y escoltado por algunos caballeros y por cuarenta y dos sargentos de armas retiróse del campo de batalla, en donde corría riesgo de ser hecho prisionero sin honra alguna, y atravesando bosques llegó al castillo de Labroye. El puente de éste estaba levantado y la puerta cerrada, pues era «de noche y reinaba completa obscuridad.» Al oír voces, el castellano «avanzó hasta las garitas y preguntó en alta voz quién era el que á tales horas llamaba.» Felipe respondió: «Abrid, abrid, castellano; ¡es el infortunado rey de Francia!» El monarca descansó hasta las doce, «bebió un trago,» emprendió de nuevo la marcha á campo traviesa y al galope de sus caballos llegó á Amiéns. Tal vez tenía alguna

(1) Acerca de los comienzos de la artillería véase más adelante.

esperanza de reanudar la lucha; pero el domingo conoció toda la magnitud del desastre. Su ejército estaba «roto,» y de sus allegados habían perecido los más queridos y los mejores. Algunos señores se le reunieron, pero á los pocos días despidiéronse de él, y entonces fué á residir á la abadía del Moncel, á la entrada del bosque de Hallate, en donde permaneció solitario largo tiempo.

Eduardo III había permanecido durante toda la batalla en una altura, sin ponerse siquiera el capacete; pero el príncipe de Gales habíase batido como un viejo caballero. Por la noche el rey de Inglaterra felicitó á su hijo, y «abrazándole y besándole,» le dijo: «Hijo hermoso, que Dios os dé buena perseverancia. Sois mi hijo porque os habéis portado lealmente. Sois digno de gobernar.» Luego prohibió, «bajo pena de horca,» que se persiguiera al enemigo más allá del campo de batalla, que se robara á los muertos y que se tocaran los cadáveres hasta el día siguiente. Los ingleses pasaron la noche sobre las armas.

Al día siguiente «una espesa llovizna apenas permitía ver á la distancia de una arpena de tierra.» Una fuerza inglesa que había sido destacada para reconocer el terreno, encontró á un contingente de hombres armados de las municipalidades que venían de Abbeville, de Saint-Riquier, de Ruán y de Beauvais, y que ignoraban la derrota del rey; todos fueron muertos ó hechos prisioneros. El domingo se dedicó á la busca de los cadáveres. Eduardo III mandó hacer solemnes funerales al rey de Bohemia, y Godofredo de Hartcourt rindió los últimos tributos á los príncipes franceses. Cuando todos se hubieron provisto abundantemente de armas, hízose un gran montón con lo que quedaba y se le prendió fuego. El lunes 28 de agosto, Eduardo III levantó su campamento, y el ejército inglés llegó delante de Calais el 4 de septiembre por pequeñas etapas, incendiando ciudades y aldeas.

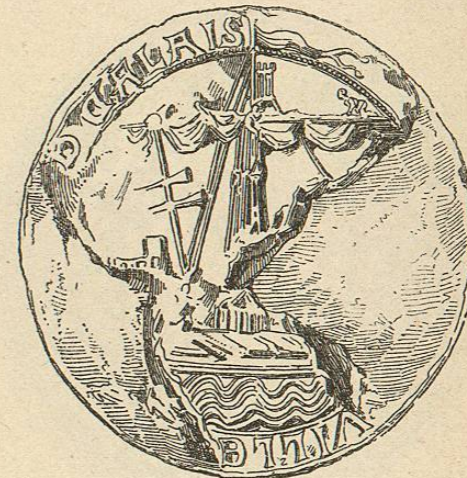
IV.—Calais (1)

El rey de Inglaterra, firmemente resuelto á apoderarse de Calais, juró «que no se iría de allí ni en invierno ni en verano hasta tenerla en su poder, por fuerte que fuese.» Eduardo III había conseguido una gran victoria, pero nada había ganado: Calais debía ser el premio de la jornada de Creci. La ciudad estaba habitada por marinos emprendedores que hacían un comercio muy activo en el mar del Norte, y hallábase situada admirablemente, á dos leguas de mar de Douvres, siendo la entrada más cómoda que pudiera encontrarse para penetrar en Francia. Pero aquella plaza estaba muy bien fortificada con un doble foso que el mar llenaba á cada marea, y todo el terreno á su alrededor era arenoso y movedizo, lo cual hacía imposible la instalación de grandes máquinas de ataque. Preciso fué, pues, renunciar á los medios rápidos y resignarse á tomar la ciudad

(1) OBRAS DE CONSULTA.—Brequigny, *Mémoires pour servir à l'histoire de Calais*, «Mémoires de l'Académie des Inscriptions et Belles-lettres,» XXXVII, 1767-1769. Lebeau, *Dissertation sur le dévouement d'Eustache de Saint-Pierre*, «Mémoires de la Société d'Agriculture de Calais,» 1839. E. Molinier, *Etude sur la vie d'Arnoul d'Andréhem*, 1883, y *Documents relatifs aux Calaisiens expulsés par Édouard III*, «Cabinet historique,» XXIV, 1878.

por hambre, y en su consecuencia los ingleses se instalaron convenientemente, construyendo, para abrigarse durante el invierno, una ciudad nueva que se denominó Villeneuve la Hardie, y en donde cada cual tuvo su barraca ó su cabaña. Los flamencos acudieron á ella haciendo allí un comercio fructuoso: los miércoles y los sábados se celebraba mercado.

Dirigía la defensa de Calais Juan de Vienne, vigoroso caballero de Borgoña, que había entrado en la ciudad en los primeros días del sitio, ocultándose á lo largo de las dunas. A ella llegaron por mar varios caballeros de Artois, entre ellos Arnolfo de Audrethem, célebre por su valentía. Hasta la entrada de la primavera pudo



Sello de la villa de Calais

la ciudad avituallarse, gracias sobre todo á los marinos normandos y picardos, que daban caza á los buques ingleses, capturándolos algunas veces y escapando de ellos siempre. Los ingleses hubieron de establecer un bloqueo riguroso con una flota formada con la mayor parte de los setecientos treinta y siete barcos que Eduardo III había hecho inscribir en las costas inglesas, y colocaron estacas en los bajos por donde pasaban las barcas de los picardos. Los sitiados, estrechados tan de cerca, se desembarazaron de todas las pobres gentes que no podían ser útiles á la defensa, saliendo de esta suerte de la ciudad más de dos mil personas, «todos con camisas blancas y llevando gonfalones de monasterios en señal de humildad.» El rey de Inglaterra hizo que les dieran de comer y las dejó pasar, continuando luego el sitio cuyo fin no podía preverse. ¿Iba á llegar de alguna parte, por lo menos, una esperanza de salvación?

Escocia ocasionaba grandes estorbos al rey de Inglaterra. Hacía muchos años que había penetrado en aquel país el rey David, acompañado de cierto número de caballeros y escuderos franceses, habiendo invadido el Northumberland á fines del verano de 1346, mientras Eduardo estaba ocupado en el sitio de Calais. Grande fué el espanto que esto produjo en Inglaterra, en donde la reina Felipa, «como dama valiente,» organizó un ejército al que Eduardo envió desde Calais algunos refuerzos. Los escoceses hablaban con gran desdén del ejército de la reina, en el cual había, según ellos decían, «mucha abundancia de clero;» pero en 17 de octubre libróse en Nevill's Cross una batalla que fué una victoria de